

—En el Havre, donde se hospedó, en el mismo hotel que Juana.

—Siempre con el objeto de haceros creer, si la seguís, que se había ido con él, que os engaña indignamente, que debíais renunciar á la infiel y perjura.

Y, aproximándose á él, le dijo sonriendo:

—¡Ah! ¡es muy hábil y muy malvado el joven vizconde de Champy!

—¡Como!—exclamó Roberto;—¡era él!

—Sí, él era; pero no tengáis celos. Sabed, mi querido amigo, que el vizconde es una mujer, y que esa mujer se llama Florina.

XLI

Roberto de Meillant, á pesar de la afirmación de Matilde, dudaba que el joven vizconde de Champy, á quien conocía desde el día que llegó á Francia, á quien había visto casi todas las semanas en París, fuese una mujer.

—En el Havre—dijo—le encontré por primera vez, y estaba á vuestro lado. ¿Ignorabais entonces su verdadera personalidad?

—No. Desde el día en que en Trouville se introdujo en el círculo de mis amigos, la conocí, pero fingí lo contrario; ella creyó que me engañaba.

—¿Habéis, pues, estado en relaciones con esa Florina, como vos la llamáis?

—Sí—respondió bajando la cabeza.—La Prefectura de Policía la puso á mi lado en calidad de doncella... Yo no estaba aún casada, mi existencia parecía sospechosa y creyeron conveniente vigilarme.

—¿Luego esa joven obra por cuenta de la Policía?

—No, obra por su propio interés.

—¿Por su propio interés? ¿Qué interés puede tener en ocultar á la señorita Guérin, en separarme de ella?

—¡Ay, amigo mío!—dijo Matilde;—os suplico que nada me preguntéis con respecto á eso. Nada puedo deciros. Me he interrogado á menudo, detenidamente; me he preguntado si debía deciroslo todo, si tenía derecho á descubrir los secretos, los terribles secretos que he descubierto desde el día en que me asociasteis á vuestros trabajos. No; mi conciencia me ordena callar... El asesino se descubrirá más ó menos tarde... No soy yo quien debe descubrirle.

De pie, con la mano derecha apoyada en el respaldo de un sillón, un poco inclinada, sin moverse apenas, hablaba con energía, como una inspirada.

Roberto la miraba sorprendido, admirado de sus palabras, sin atreverse á hacerle nuevas preguntas, temiendo quizás saber algo terrible. Sin embargo, después de un instante de silencio, no pudo resistir á decirle:

—¿Entonces tenéis pruebas de la inocencia de Blanchard?

—Sí—respondió con voz sorda.

—¿Sabéis el nombre del verdadero cómplice de Jagon?

—Lo sé.

—¿Estáis segura de no equivocaros?

—Estoy segura de ello. A vos no puedo mentiros y no quiero mentir. ¡Pero, por piedad, basta ya! No me preguntéis más por hoy.

Y le cogió las manos y le suplicaba con la mirada.

—Sea como queráis—dijo.

Se sentó en un canapé, y, sentándose ella á su lado, le dijo:

—Volvamos á la que amáis. No la habéis encontrado, no sabéis dónde se encuentra. Esto es lo que más interesa. La hemos dejado en el Havre... De ahí salió indudablemente antes que vos llegaseis.

—Sí; se embarcó para Inglaterra, media hora antes de mi llegada.

—¿Tomó pasaje con destino á Southampton?

—Sí, á las seis de la mañana, á causa de salir el barco retrasado.

—¿Tomasteis entonces la embarcación que salió después?

—No; marché á Dieppe, desembarqué en Newhaven y me dirigí á Londres.

—¿Por qué? ¿Con qué objeto?

—Pretendía llegar á Londres antes que la señorita Guérin, y esperar á que llegase.

—Pero nada le obligaba á ir á Londres.

—Perdonad: ella se ocultaba, y era más natural que fuese á una gran ciudad que permanecer en Southampton.

—Sí, trataba de ocultarse, sí; pero ahí está

el error. Ella huía simplemente con la esperanza secreta de ver que la seguiais, que la alcanzabais y os disculpabais. ¿Habría de otro modo dejado á París sin precauciones? ¿No había dicho á Sofía Blanchard adónde iba? Su intención se ve en todos sus actos. ¿Dónde desembarcó? En el Havre, en el hotel donde en otras ocasiones habéis parado vos, de donde la habéis escrito al llegar á Francia, y adonde ella os ha contestado. Pensó que iríais allí á buscarla, y es precisamente lo que habéis hecho.

—¿Por qué no me esperó entonces en el hotel?

—Porque desde su partida de París ha estado perseguida por el joven vizconde... Este le incomoda, Juana tiene miedo y no quiere comprometerse... Durante la noche no ha podido dormir; por la mañana temprano bajó al muelle. Vió un paquebot preparado y partió con la esperanza de escapar á la persecución del vizconde... Mas en el puente del barco le volvió á ver, le vió también en Southampton, y entonces regresó á Francia.

—¿Sin ir á Londres?

—Nunca ha ido allí. Temería perderse en esa gran ciudad, verse aislada y obligada á sufrir la sociedad del individuo que seguía sus pasos.

—¿Y á qué ciudad de Francia se ha dirigido?

—Quizás á París, á su casa, calle de Châteaudun... ¿Habéis ido á preguntar por ella?

—No; vos habéis venido aquí diez minutos después de mi llegada... Además, yo no podía creer...

—Pues bien—dijo interrumpiéndole,—apos-

taría que os espera en su salón, como de costumbre, y que siente no veros.

—¿Qué os hace pensar así?

—¡Oh, Dios mío!... una cosa muy sencilla: el joven vizconde de Champy ha vuelto á París. Ha ido á ver á mi marido esta mañana... Si vuestra prima siguiera viajando, no la hubiera abandonado, continuaria siguiéndola. No abandona así su presa.

Roberto se había levantado. Se paseaba por el salón, inquieto, agitado.

Matilde comprendió que deseaba quedarse solo y correr á la calle de Châteaudun, pero que por su causa no lo hacia. Se acercó á él, y con triste sonrisa,

—Id, amigo mío—le dijo,—id á buscarla. No seáis muy severo por su ligereza. Ha sufrido mucho, estoy cierta de ello, y vos sois culpable para ella, puesto que le habéis dado motivos de celos. Explicaos francamente en cuanto á este objeto. Que sepa lo que habéis hecho por mí, lo que de mí habéis hecho. Es inteligente y buena, puesto que vos la amáis. Comprenderá lo que le digáis, y no tendrá celos de vuestra protegida, de vuestra discípula.

Y como dudase aún en ir, añadió:

—Idos. Aquí me encontraréis cuando volváis. Os pido permiso para aguardaros. Quisiera oiros decir: *No os engañabais. La encontré en su casa. Nos hemos explicado y el pasado se reanuda.*

—¡Ah! —dijo acercándose á ella y oprimiéndole fuertemente las manos;—¿sois acaso mujer?

—Una mujer que vos habéis educado, amigo mío, con vuestros consejos, con vuestros razonamientos y vuestra bondad. Habéis hablado; yo os he escuchado, creído, adquirido la gracia. Se han visto algunas conversiones... yo soy una Magdalena arrepentida.

Roberto iba á salir, pero Matilde le detuvo.

—Un momento aún—le dijo dulcemente.—Es la última recomendación. ¿Nos volveremos á ver?

—Sí, puesto que me esperáis.

—Tengo intención de esperaros—respondió;—pero la intención no es siempre suficiente.

Atormentada por un secreto presentimiento, añadió:

—Mi vida está envuelta en misterios... es muy agitada para que deje nada para mañana... Oid lo que quiero deciros... Se trata de un consejo. ¿Le aceptaréis?

—Ciertamente.

—Pues bien, no penséis terminar vuestros asuntos en Francia: renunciad á casaros aquí. Marchad en seguida con vuestra prometida á las colonias. Huid de este país y jamás volváis á él. Hoy vigilo por vos; mañana quizás no podré. ¡Partid, partid pronto, yo os lo suplico, y guardadme un pequeño lugar en vuestra memoria!... esto es todo lo que os pido. ¿Seguiréis mi consejo?

—Sí—respondió.

—Gracias.

—Y si vos—repuso el joven—pensáis en mí, yo también tengo el derecho de ocuparme

de vos. ¿Qué os sucede? Me parece que os mortifica la vida.

—¡Oh, sí, me mortifica! ¡Si supieseis!... ¡Pero id, id! Hablaremos de esto cuando volváis.

Le llevó hacia la puerta, y, en el momento en que iba á salir, le dijo:

—Despidámonos como si no hubiéramos de volver á vernos.

Roberto le cogió las manos, se inclinó y la besó en la frente, mientras que ella cerraba los ojos. Después salió vivamente.

Ya sola, se dejó caer en un sillón y prorrumpió en llanto.

—¡No le esperaré... no le esperaré!— decía á través de sus sollozos; —no quiero verle más... ¡Sufro mucho!

Y, no obstante, permanecía en el mismo sitio. No se iba, esperaba.

Transcurrió media hora. Llamaron á la puerta.

—¡Ah!— dijo casi con alegría levantándose; —está ahí... no la habrá encontrado... Estaré equivocada.

Corrió á abrir la puerta, que estaba cerrada interiormente. Entró un hombre. No era Roberto. Era Lorenzo, el marido de Matilde.

XLII.

Si Lorenzo llegaba tan de improviso á casa de Roberto de Meillant y sorprendía en ella á su esposa, era instigado por Florina, á consecuencia de algunas revelaciones que creyó debía hacerle.

En efecto, sus esfuerzos para separar á Roberto de Juana Guérin y su viaje á Inglaterra no habían dado el resultado que esperaba. Al principio se felicitó por su éxito. Revestida con uno de esos disfraces en que tanto sobresalía, y con el nombre de la señora de Bonneville, había, con sus revelaciones, introducido la intranquilidad en el ánimo impresionable de Zoé Lacassade, y previsto, con su natural perspicacia, los sucesos que iban á seguir: la cólera de Zoé, su deseo de tener una explicación inmediata con Roberto de Meillant, su encuentro con Matilde, y las confidencias que en su exaltación haría á la señorita Guérin.

La comunicación secreta que existía entre la habitación de la calle de la Victoria, que pertenecía á Lorenzo, y la que las dos amigas ocupaban en la calle de Châteaudun, le habían servido para sorprender sus proyectos de marcha, para sustituir una carta con otra mientras la ausencia de Sofia Blanchard, y para colocar en la habitación, en lugar que fuese vista por

Roberto, cierta correspondencia preparada hacia bastante tiempo. Pero á este primer éxito sucedió una derrota.

Florina no suponía que el señor de Meillant, herido con la crueldad que acababa de serlo, pensase en seguir á su prima, alcanzarla y vigilarla. Ella no se habia imaginado más que un amante que, desdeñado, profundamente herido, pensaria solamente en huir, en dejar la Francia, testigo de sus decepciones. Había olvidado al pariente, al hombre honrado, resuelto ante todo á proteger, aun contra ella misma, á una huérfana sin experiencia de la vida. Cuando se trataba de prever sucesos como resultados de una pasión ó de un vicio, Florina era muy fuerte; pero se perdía cuando se trataba de resoluciones dictadas por el honor.

Por eso, cuando trató de entablar conocimiento durante el viaje con la señorita Guérin, se equivocó también. Como todas las mujeres de costumbres ligeras, apenas creía en la virtud. Para ella, Juana, que acababa de saber la traición de Roberto, que se veía engañada por una Matilde Simonnet, en su cólera, en su despecho, no mostraría mucho rigor con el vizconde, á quien la casualidad hacia su compañero de viaje. Si sabía aprovechar las circunstancias, conseguiría conmoverla con sus atenciones, con su amabilidad y conversación amena, permitiéndose viajar con ella y quizás dirigir el viaje á su gusto.

Al pensar así, Florina ignoraba la delicadeza de una joven bien educada y de un corazón honrado. Todas las tentativas del vizconde fue-

ron rechazadas. No sólo no pudo conseguir la intimidación de la señorita Guérin, sino que tampoco logró mezclarse en su conversación. Juana le miró con sorpresa cuando el vizconde creyó que debía aventurar su primera palabra, y nada le contestó. Un instante después intentó una conciliación, y Zoé Lacassade, después de dirigirle miradas furiosas, le hizo ocupar el lugar que le correspondía. Florina, pues, se vió obligada á estar en expectación, á observar á la señorita Guérin á alguna distancia y á seguirla en vez de acompañarla. Pero pronto se apercibió de que tal persecución era de malos resultados, que asustaba á las dos amigas y les obligaría á abreviar el viaje.

Quiso entonces crearles dificultades para la vuelta, é imaginó diversos ardidés con el fin de retenerlas en Inglaterra. Pero estaban en un país en que la libertad individual es muy respetada, en donde la mujer es siempre protegida cuando reclama una intervención, y el joven vizconde se vió precisado á no molestarlas. Tuvo también el sentimiento de asistir al embarque de las dos amigas. Volvían á Francia, y probablemente á Paris. El largo viaje soñado por Florina se había convertido en una simple excursión de algunos días.

Como se trataba ya de virtud y de altivez, pudo recapacitar y adivinar lo que pasaría. Roberto de Meillant y Juana iban á encontrarse, á explicarse, á perdonarse. Su amor interrumpido, atormentado, adquiriría más fuerza, y en nada cambiaría la antigua situación.

Entonces Florina se dijo que por su parte

había trabajado bastante para el bien común, que debía reclamar el auxilio de Lorenzo y obrar en adelante de acuerdo con él. Cuando llegó á Paris se dirigió á Monceau á buscarle, le puso al corriente de todo lo sucedido y le participó sus temores para el porvenir, proponiéndole una entrevista.

¡Ay! Después de un instante de conversación tuvo el sentimiento de comprender que su asociado apenas la escuchaba, que estaba muy distante de la situación. No era ya el Lorenzo de otras veces, atento, dispuesto á buscar una estratagema, á no retroceder ante nada. Lorenzo estaba débil, abatido, dominado por una pasión que le absorbía, indiferente á todo lo que no fuese su amor.

Florina sólo necesitó un segundo para comprender este cambio y los sucesos ocurridos sin ninguna duda durante su ausencia. Matilde no amaba desde hacía algún tiempo á su marido; pero era prudente y procuraba no inquietarle con sus salidas, para que no rompiese sus relaciones con Roberto. Era dichosa en la calle de Helder, y, con el temor de que Lorenzo atentase á su dicha, no se mostraba muy cruel en la calle de Monceau. El señor de Meillant partió de pronto en seguimiento de Juana Guérin. Ella lo sabía, y en su desgracia, celosa, hacía sufrir á Lorenzo las torturas que la mortificaban.

Florina dejó á su asociado sin haberle podido arrancar un consejo prudente, una resolución cualquiera. De vuelta en la calle de Surresnes, miró fríamente la situación y se dijo

que ella debía salvarle, aun cuando él mismo se opusiera.

Si continuaba bajo la influencia de Matilde, sometido á sus caprichos, débil para tan continuadas luchas, aniquilado por deseos inconcebibles, torturado por latentes celos, tanto más terribles cuanto que eran infundados, estaba perdido. En su interés estaba arrancarle del estado de abatimiento en que se hallaba por medio de un recurso extremo, y debía decirle: *Tú crees que el amor de tu esposa se halla en un período de decadencia... que se ha cansado de tanto como te ha amado, y que tú puedes aún reavivar el fuego que se extingue... Mas no es eso: su corazón jamás ha amado con más pasión, pero pertenece á otro. No te ama ya, porque ama ardientemente á Roberto de Meillant. Tu instinto no te ha engañado. ¡Vamos, despierta y defiéndete contra el que, no contento con intentar enviarte á una prisión, te roba también lo más querido!*

Si Florina se decidía á hablar así, es seguro que Lorenzo se colocaría en una actitud menos peligrosa que su inacción, y que, hábilmente explotada, daría quizás por resultado la ruptura definitiva entre Juana Guérin y Roberto de Meillant.

Su furor podía dar también un resultado deseado ardientemente por Florina. Veía el momento en que Lorenzo, separado de su esposa, curado de su amor, sería todo de ella, no sólo como asociado, sino como amante. Había tenido siempre por este bello joven uno de esos caprichos violentos cuyo poder sólo conocen las

mujeres de costumbres fáciles. Desconociendo el verdadero amor, ignorantes de las sensaciones del alma, dejan tomar á sus sentidos y á su imaginación tal imperio, que sólo á su pasión obedecen ciegamente.

Resuelta Florina á manifestar á Lorenzo algo respecto á Matilde, no podía contentarse con una denuncia vaga que pudiera ponerse en duda. Deseaba afirmar y precisar.

Con tal objeto salió, pasó por la calle de Helder, y supo en el hotel de Roberto que, durante su ausencia, había ido todos los días una mujer á preguntar por él. Evidentemente Matilde intentaría verle en el mismo día á las cinco, como había ensayado los precedentes. ¿Estaría de vuelta el señor de Meillant? Tal era la pregunta que se hacía.

Tomó un coche, mandó que se colocase á algunos pasos del hotel y tuvo la satisfacción de ver llegar á Roberto. A la hora de costumbre llegó también Matilde. Entonces fué al sitio en que la esperaba Lorenzo, á quien había dado una cita, y atrevidamente le dijo:

—Vuestra mujer es la amante del señor de Meillant... Han tenido desde el principio del invierno varias entrevistas misteriosas, y en este momento se halla con él en el hotel de Helder, habitación núm. 2, en el piso principal... ¡Id!

Sin hablar, sin protestar, sin pedir otras explicaciones, Lorenzo, cuya palidez y temblor denunciaban su violenta emoción, dejó inmediatamente á Florina y se dirigió hacia el punto designado.

XLIII

El primer movimiento de Lorenzo, después de cerrar la puerta y haber visto á su mujer, fué buscar á Roberto de Meillant. No viéndole en el salón, se dirigió á la segunda pieza del departamento, esperando encontrarle allí. No había nadie en ella. Entonces se acercó vivamente á Matilde, que había vuelto á sentarse en el canapé, inmóvil, casi indiferente á lo que pasaba.

—¿Dónde se oculta vuestro amante?—gritó. Matilde se encogió de hombros y dijo:

—Si el señor de Meillant estuviese aquí, no se ocultaría... y menos de vos.

—Estabais encerrada con él. ¿Dónde está? Quiero saberlo.

—¿Queréis saberlo? Pues bien, ha salido.

—¿Qué hacíais vos aquí?

—Ya lo veis... le espero.

—No me conviene que le esperéis: venid.

—No me conviene obedeceros: me quedo.

Lorenzo no había previsto que Matilde le resistiera, que le hablase así. Creyó que, sorprendida como acababa de serlo, se mostraría turbada, sumisa, abatida. Pero sucedía lo contrario; le desafiaba. ¿Eran, pues, sólo las apariencias las que la condenaban? ¿No era tan culpable como se le había dicho?

Se dispuso á esperar, y le dijo:

—Se os denuncia como la amante del señor de Meillant... ¿Lo sois? Os encuentro en su casa. ¿Tenéis algún motivo justificado para venir á verle?

Matilde respondió sin titubear:

—Si para ser la amante de un hombre es preciso pertenecerle, yo no soy la amante del señor de Meillant; pero, si es suficiente amarle, mi amante es, porque le adoro.

—¿Y os atrevéis á hablarme así?

—Ciertamente. Me atrevo á deciroslo todo, á vos que os atrevéis á ejecutarlo todo.

Lorenzo tuvo miedo. ¿A qué aludía? ¿Sabía algo de su pasado?

Al mismo tiempo, como marido, como amante, se hizo débil. Matilde no debía mentir cuando le dijo que no era la amante del señor de Meillant en el sentido ordinario de la palabra. No era su actitud ni su voz la de una mujer que miente. Sólo amaba á Roberto. ¿Cómo le amaba? ¿Como amigo quizás, por reconocimiento á servicios que en otras ocasiones hubiese recibido de él? ¿No había él salvado su vida? Lorenzo pensó que podía aún tenerla á su lado y volver á vivir con ella la vida de otras veces.

—Sabed—le dijo acercándose—que me hacéis sufrir horriblemente... Yo os amo, Matilde, como en el primer día de nuestra unión, con la misma pasión, con el mismo ardor, con igual frenesí. Las torturas con que me afligís desde hace algún tiempo son intolerables. El dolor que he sentido al saber que estabais aquí, y después al encontraros, ha debido matarme.

¡Vamos! Sin duda hay una mala inteligencia entre nosotros. Podéis aún hacerme feliz. En cuanto á vuestras relaciones con el señor de Meillant, son quizás de tal naturaleza que podré perdonarlas. ¿Queréis dejar ahora mismo esta casa, seguirme y mostráros conmigo menos cruel que hasta ahora? ¿Queréis no torturar más mi corazón? Yo lo olvidaré todo, todo.

Mientras hablaba Lorenzo, Matilde se había levantado, y apoyada en el mármol de la chimenea, echada hacia atrás la cabeza, le miraba fijamente, con los ojos medio cerrados, la nariz dilatada, los labios entreabiertos. Estaba soberbia, lo mismo en su desdén que en su crueldad.

Cuando concluyó de hablar, sin cambiar de actitud, extendió hacia él el brazo derecho, colocó la mano sobre su hombro, y apoyándola fuertemente á fin de obligarle á encorvarse,

—Arrodillaos—le dijo—para hablarme de vuestro amor... Sed infame hasta el fin.

Y como conservase la misma actitud, como jamás había estado más bella, sintió que el peso de su mano hacia estremecerse á Lorenzo y encorvarse poco á poco, hasta doblar una rodilla ante ella.

Entonces, cuando esperaba que tanta sumisión le hubiese calmado, oyó que le decía con voz lenta y pausada:

—Jamás volverán á renacer nuestros amores, ¡lo juro!... Me dan vergüenza... Me horro-rizan... Su recuerdo me mata... Jamás vuestros besos me empañarán... y, si persistís en amarme, os haré sufrir como ahora.

Antes que concluyese de hablar se levantó Lorenzo de un salto, como empujado por un resorte, y, cogiéndola por las muñecas y oprimiéndoselas fuertemente, gritó:

—¡Miserable! ¡Vas á morir!

Matilde prorrumpió en una carcajada y contestó:

—Eso es todo lo que os pido, todo lo que espero; no me guía otro móvil al insultaros. Estoy cansada de la vida y deseo morir. No sabía cómo conseguirlo... Entrasteis y me dije: *Aquí está el que me matará.* ¡Vamos, matadme!... ya espero.

Como Lorenzo permaneciese inmóvil, se inclinó hacia él, y mirándole frente á frente, pálida y arrogante, exclamó:

—¡Mátame!.. Ya ves que quiero morir aquí, en este salón donde tantas veces le he visto, donde tanto le he amado.

Lorenzo soltó bruscamente á Matilde, la rechazó y dijo:

—¡No... no te mataré! ¡A él... á él sí!

—¡A él!... — replicó desdeñosamente. — ¡A él!... ¡Bah! ¡tienes mucho miedo á la Justicia!

—La Justicia me absolverá—dijo.— Sois mi esposa, os encuentro en la casa de vuestro amante y le mato... Estoy en mi derecho.

—Sí, pero falta que le encontréis aquí conmigo.

—Vendrá; yo le esperaré.

—No le dejaré entrar—respondió.

—Entonces—repuso Lorenzo con terrible sangre fría,—le provocaré hoy, y mañana le

mataré en duelo... ¡Poco importa, con tal de que le mate!

—No se batirá con vos... no puede batirse. Rehusará.

—Le abofetearé.

Matilde se aproximó y le dijo:

—¿Haréis eso?

—Sí, lo juro.

—Pues bien; si os atrevéis á poner sobre él la mano, yo hago otro juramento.

—¿Cuál?

—¡El juramento de decirle que sois un asesino!

Lorenzo dió un salto hacia atrás.

Ella, sin temor, siguió persiguiéndole y diciéndole con voz sorda, implacable, terrible:

—Sois uno de los asesinos del capitán Guérin.

—¡Eso es falso! ¡Eso es falso!—balbuceó aterrado.

—Es verdad—replicó Matilde,—y, si queréis pruebas, escuchad... Un día, el señor de Meillant me suplicó le ayudase á probar la inocencia de José Blanchard y á descubrir el verdadero culpable. Me ofrecí á ello. No sospechaba ni tenía ningún indicio, y no sabía qué hacer; pero la casualidad, bajo la forma de Florina, vino en mi ayuda. ¿Qué pretendía de mí esa antigua empleada de la Policía, convertida en vizconde de Champy, después de haber sido mi doncella? ¿Estaba encargada de una nueva misión cerca de mí? No; era con vos con quien tenía que entenderse, era á vos á quien deseaba ver... Vos no podíais ser engañado por

su disfraz; sois muy hábil en la materia para que se os pueda engañar. Era, pues, vuestra aliada, vuestra cómplice. ¿Qué tramabais reunidos en la sombra? Quise saberlo... os vigilaba á los dos, llegue á sorprender vuestras conversaciones, y pronto conocí una parte de vuestros más infames secretos.

De pie, temblando, apoyado en el respaldo de un sillón, escuchaba Lorenzo sin fuerzas para interrumpirle. Matilde continuó:

—Sin embargo de que conocía vuestros secretos, que sabía á qué clase de maquinaciones os entregábais y que erais ya á mis ojos un miserable, un infame, no sabía aún que erais un asesino.

Lorenzo hizo un movimiento. Ella le detuvo con un gesto y continuó:

—Vuestro amor á los disfraces os ha hecho traición. Salfais un día de uno de vuestros antros, el de la calle de Rivoli, si no me equivoco... ¡Oh! ¡yo los conocía todos... no he perdido mi tiempo! Para llevar á efecto algún crimen, tomasteis la fisonomía de un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, con toda la barba, el cabello largo y una blusa de obrero... De pronto una idea vino á iluminar mi imaginación... El señor de Meillant me había entregado el día antes una fotografía y muchos retratos de Blanchard, publicados en otro tiempo en los periódicos ilustrados. Bajo vuestro nuevo aspecto os parecíais á él, hasta el extremo de hacerme dudar. Era la misma mirada, tantas veces observada en el Tribunal de Justicia, la que brillaba bajo las espesas cejas

que os habíais preparado, bajo los grises cabellos que cubrían vuestra frente. Traje á la memoria todo el proceso, lo leí, lo estudié en sus menores detalles, en particular el discurso del abogado defensor... Recordé también todas las palabras del señor de Meillant. Decía que el verdadero asesino debía haber acumulado contra Blanchard todas las pruebas que condenaban á este desgraciado... Se había vestido como él, se había esforzado en asemejarse para extraviar á la Justicia... Sin que hubiera formulado juicio alguno respecto á tal asunto, supe en el instante que erais vos el culpable... y en lugar de instruir el proceso contra Blanchard, como se había hecho, yo lo instruí contra vos. Reuní todos mis recuerdos: nuestras citas en la época del crimen, nuestra entrevista al día siguiente, vuestra marcha precipitada, vuestra vuelta con nombre supuesto y vuestra nueva fortuna... ¡Ay! no podía engañarme. Yo era la esposa de un asesino á quien tenía la misión de buscar...

Y, bajando la voz é inclinando la cabeza, añadió:

—Y soy la hija del otro.

XLIV

Lívido, con los ojos inyectados en sangre, tembloroso, vacilante, con las manos nerviosamente fijas en el respaldo del sillón en que